

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

«¡QUE SUERTE!»

VIVIR EN UN PUEBLO

QUE suerte tienes, caramba! ¡Vivir en un pueblo!

Yo vivo en un pueblo, desde luego: en Sueca. Cierto que, en 1899, doña María Cristina nos concedió el título —entre otras razones, por nuestra «constante adhesión a la Monarquía Constitucional»— de «ciudad». Y cierto, también, que, alcanzado el cupo de los 20.000 habitantes, los baremos oficiales de la estadística tienden a meternos en alguna vaga categoría «urbana». Pero no somos una «ciudad», no somos una «urbe». La palabra «pueblo», «poble», con sus connotaciones obvias, nos conviene más. El vecindario se alimenta de la agricultura y de la emigración, y eso ya indica, a las claras, que continuamos hundidos en el «subdesarrollo» y que Dios sabe si nunca saldremos del apuro. Los indígenas lo tomamos con filosofía: unos con más, otros con menos. Los menos pacientes —por necesidad o por temperamento— hacen la maleta, y se largan a trabajar a Francia, a Alemania, a Suiza. Y vamos tirando.

«¡Qué suerte tienes!»
Este tipo de frases, de una amabilidad que agradezco, suelen ser el obsequio ritual de muchos de mis visitantes, gentes de Madrid o de Barcelona, incluso de Valencia, que se admiran del espectáculo. He de confesar que no acostumbro a desengañarlos. Yo no diré que sea una «suerte», precisamente. Sin embargo, entre residir en Barcelona o en Sueca, prefiero Sueca. Quizá mi «suerte» sea el poder realizar la preferencia. No sé, no sé... Tendríamos que hablar mucho del asunto, y no creo que el asunto interese al lector: se trata de una minucia autobiográfica, y ya me las arreglo. Pero no hay duda: la «ciudad», la «gran ciudad», si ofrece unas ventajas evidentes, exige igualmente sacrificios y molestias. ¿Compensa? Es muy probable que sí. En el supuesto de «volver a empezar», lo pensaría...

«¡Qué suerte!»
Los que residen en una «gran ciudad» tienen, a menudo, una idea bastante falsa de lo que es la vida en un «pueblo». Les ofusca su «incomodidad», y propenden a imaginar que en las zonas extra-urbanas atamos los perros con longanizas. Algo así como una estampa bucólica les alucina. Para ellos, el «pueblo» es el idilio absoluto: no hay una atmósfera excesivamente contaminada, el tráfico es más fluido, pesan menos los ruidos, existen menos obligaciones sociales, puede uno salir al campo con sólo atravesar unas calles, y todo lo demás. Y no lo negaré. Pero olvidan la otra cara de la medalla.

«¡Qué...!»

Yo no diría tanto. Llamarlo «suerte» es abusivo. Porque las contrapartidas son poco amenas. Y no lo digo por el hecho de que los «pueblerinos» nos veamos privados de cines de «arte y ensayo», de teatros de la ópera, de cátedras insignes, de salas de exposiciones. Mal que bien, con el televisor, el tocadiscos y un quiosco que venda impresos, tenemos suficiente para no aburrirnos demasiado. Por este lado, el déficit es notable, pero no es lo que más fastidia. Lo peor, en realidad, es el abandono en que vegetamos. Mi larga experiencia de relación en medios similares al mío me confirma que, en área rural, y a escala celtibérica, la situación es parecida en todas partes. ¿Culpa de «centralismo»? Lo dudo. Nunca he pronunciado una sola palabra a favor del «centralismo», pero tampoco muy en contra. Opino que no es ése el defecto. O no lo es todo. El «centralismo», como cualquier otro «instrumento» administrativo, puede ser útil o nocivo, según la inteligencia de quien lo maneje. Cuando don Eugenio d'Ors afirmaba que en España sólo habían «construido» obras sólidas los romanos y Carlos III, se refería a dos «centralismos» medianamente ágiles, de los muchos que hemos sufrido. El ayuntamiento de Sueca todavía ocupa el local que, «con el caudal público de la villa» —lo dice una lápida de su fachada— se edificó en tiempos carolinios. Estoy seguro de que, sin una orden «centralista» tajante, las escribanías municipales aún seguirían en cuchitriles odiosos. El abandono, en la mayoría de los casos, es «autoabandono».

«¡Qué suerte!»
El «ciudadano» ve los toros desde la barrera. Su «ciudad» tal vez no sea un modelo de buen funcionamiento, y al hojear la prensa de las capitales siempre advertimos quejas sobre el alumbrado insuficiente, el asfalto que flaquea, el metro que sube sus precios, la oficina siniestra. Pero puede sentirse contento con lo que tiene. Y sus protestas, a veces, consiguen ser oídas. En los «pueblos», cuando falla algo, no hay más remedio que resignarse. Paciencia y barajar. Hasta se ha olvidado la posibilidad del derecho al pataleo, tan natural, porque no existe medio de ejercerlo. Las familias se aguantan, y en paz. Por otra parte, así han venido haciéndolo durante siglos. Este verano —en plena «mi-audit», con playas llenas de clientes—, Sueca ha sufrido largas horas, y algún día casi la jornada entera, de apagones de luz. Tener agua potable en el propio domicilio, durante semanas, se convierte en una ilusión indefectiblemente fracasada. De estas angustias puedo dar fe. En otros sitios serán

otras pejuergas. Uno va al Ayuntamiento, y reclama; o acude a un concejal remotamente amigo; o... La conclusión es que, quizás, el burócrata, y el edil, y todos, pasamos por el mismo aprieto. Si la desidia afecta a unos más que a otros, es en grado mínimo. Al final, pensamos —el ser de «pueblo» comporta una inclinación al escepticismo tremendamente espontáneo— que ni siquiera vale la pena elevar una instancia al Gobierno Civil o al Ministerio de la Gobernación. Las pequeñeces del día de cada día —no poder ducharse, tirar la cadena del wáter y nada, escribir un artículo como éste a la luz de una palmaria— no cuentan. En Sueca apenas hay industria: en estas condiciones, se comprende.

«¡Qué suerte tienes!»
Insisto: yo no diría «suerte». Para que no lo sea a ningún nivel, ni nos queda el recurso de echarle el muerto a la llamada Superioridad. He escrito «autoabandono» y lo repito: problema interno. Haría trampa si ocultase o desdenase los factores objetivos, de índole institucional, que dificultan la acción de los municipios. Pero me temo que no sólo es eso. Contra los «anticentralistas» a ultranza siempre se puede argüir la inepticia local. En otros términos: la culpa es «nuestra». No mía, porque yo, al fin y al cabo, ni corto ni pincho: soy un simple miembro pasivo del censo de población. Pero...

¿Entonces?
Cuando alguien me pregunta por qué vivo en un pueblo a pesar de los pesares, siempre contesto, de entrada: porque es «mi» pueblo, y pongo un irónico énfasis en el posesivo. Exactamente: no me da la gana emigrar, ya que, de momento —y soy demasiado vicio para rectificar la aventura—, puedo permitirme el lujo de no hacerlo. Si mi interlocutor es resabiado, a veces, me atrevo a citar unas palabras del Plutarco escolar. En el «Demóstenes» encontré esta frase: «Habitamos una pequeña ciudad, y nos complacemos en vivir en ella, para que no acabe siendo más pequeña.» El argumento es precioso. Se presta a la vanidad. Pero la vanidad no es mi fuerte. Los recalitrantes «pueblerinos» por vocación tenemos la vocación como salvaguardia.

En todo caso, que nadie nos envidie. Vivir en un pueblo no es vivir en Jauja. Y mi pueblo es de 20.000 almas. De ahí para abajo, ya verán ustedes...

Joan FUSTER



STA. PERPETUA DE MOGUDA (Barcelona)
Teléfs. 3192812-16-62-66
**LA NOTICIA
DE LA PAGINA 13**

Todos los Domingos aparecerán en la página 13 noticias de sumo interés para nuestros clientes. La última fue la reducción de un 8% en nuestros modelos pequeños de pallas cargadoras de cadenas. Interesante, ¿verdad?

Incluyendo siempre los precios, pensamos hacer increíbles ofertas de material usado, especificando su estado y garantía. Informaremos sobre nuevos productos, noticias de fábrica, y, en general, noticias que pueden ser del agrado y siempre del interés de nuestros clientes.

ELIO BERHANYER
première
en
Barcelona

colección
OTOÑO-INVIERNO

día 20 a las 5 de la tarde
 día 21 a las
12 de la mañana y 5 tarde
 día 22 a las
12 de la mañana y 5 tarde

**RIGUROSA
INVITACION**

Bori y Fontestá 17
BARCELONA

CUESTIONES DE TRAMITE LA SILVA DEL REGRESO

La acomodación

CON las vacaciones pasa un poco lo que con los toros; me refiero a la tónica diferencia de énfasis entre el «voy a los toros» —cigarro en ristre, flor en el ojal, si se terciaba— y el «vengo de los toros» mediada la tarde, todavía joven, con las indignaciones de lo que no se vio, sin las justas valoraciones de lo que se recuerda, después, con escalofrío en la nuca, lo que se confundió entre la música y los gritos: las inefables esculturas pasajeras en el área de la muerte.

Eso es: con las vacaciones ocurre algo parecido; porque resulta que el proyecto es sabroso de verdad; se trata de la célebre historia de la víspera —la víspera de todas las cosas de este mundo, con teóricos goceos difíciles de definir, en la frontera del sueño y la vigilia—; el índice recorriendo los mapas; el aderezo del zurrón de las lecturas; la secreta coquetería en la elección de los trapos que ponerse, ahora con la posibilidad de uso y abuso, antes con graves asignaciones según edad, sexo y condición... Por fin, la marcha; previas las últimas llamadas, las últimas cartas, los últimos aplazamientos, las formales ordenaciones de papeles y notas, con la consiguiente creación de panzudas carpetas en las que se estampa la rotulación «regreso», que se nos antoja como algo tan futuro que apenas cuenta; todo ello a pesar, por entre las corrientes energéticas que nos gobiernan, la cosa tiene un leve matiz testamentario, no solamente por las inútiles instrucciones que administramos a diestra y a siniestra, sino porque —el pensamiento sigue por las suyas, las de siempre—, al marchar, miramos con ternura los libros, las fieles cosas que siempre se quedan, y, en previsión —¡oh la dichosa, pequeña vanidad!—, rompemos notas y apuntes pertenecientes al más íntimo «secreto del sumario», no sea que —caso de muerte o incapacidad— fueran a empañar la pequeña gloria menor en que, quien más quien menos, sueña, acaso la de ingresar en alguna nota a pie de página, o en la letra pequeña de cualquier manual, que los chicos, de por sí y por el equilibrado consejo de sus mentores, no suelen leer.

Después: las vacaciones propiamente dichas; el nuevo ambiente; los días por delante, sin afán programado; los improvisados desplazamientos; el sol de justicia; el pescado congelado, junto al mar de su razón, en encopetados lugares de yantar; los horarios sometidos a europeos rigores, con miradas de asombro por haber encargado una paella para las tres de la tarde; pero... ¿y la maravilla de la interrupción de las obligaciones laborales, dónde la dejamos? Y es así; aún con el bocado de la deshora en la mano, o la pequeña acidez del peledón, ¡qué prodigio el mar interminable, y los cacharros comprados al pasar por un pueblecito en el que unas muchachas, en cuadrilla, nos dijeron adiós, y el no tener que explicarle a nadie lo que es una oración subordinada ni hablar con un señor a quien preocupa una servidumbre de «altius non tollendi!»

...Pero, como decía mi abuela, «dura poco la alegría en casa de los pobres...»; se plantea el regreso con inexorables trazas; y, en el pleno comienzo de una dulce vida provisional, en horas inflexibles, muestra uno a hombres indiferentes, ajenos a nuestros sueños, unos papeles azules que nos reintegran al lugar de origen; todo sigue en su lugar; uno está moreno; en el espejo, al mirarnos, a la llegada, queda el último plano de las vacaciones; de entornar los ojos en la playa, las patas de gallo se nos han quedado blancas; la noche se ocupará de la transición; se trata de la vuelta de los toros; mañana será otro día; con voz más bien apagada le contaremos al primero que se nos tropiece que estuvimos de vacaciones junto al mar; y emprendemos —¡qué remedio!— el camino de la acomodación.

Pantalones chanchullo

Contemplamos sosegadamente y —¿a qué negarlo?— con su poquito de nostalgia, la vestimenta de las gentes que, en verano, alcanza,

por esos mundos de Dios, increíbles cotas; con sosiego, porque nada de lo nuevo nos asombra, en buena parte por no serlo del todo; y con nostalgia: la de no poder participar de lleno; y lo decimos por cuanto algo se pesca en el río revuelto; quiérase significar que los que tenemos la humana desgracia de pertenecer, sin regateos, a la absoluta madurez, nos colamos por las avenidas del mundo aderezados como, hace bien pocos años, hubiera llamado la atención; bien es verdad que fuimos indiferenciada carne de multitud, pues anduvimos toda la vida metidos en el traje gris del «omo qualunque», y nos convenció la definición de la elegancia que diera Oscar Wilde, consistente en algo así como que nadie volviera la cabeza cuando el elegante cruzara el Hyde Park; pero, de un tiempo a esta parte, en verano, por entre el carnaval del verano, por lo de los gatos pardos, nos deslizamos por los gentíos con calzas cortas, mostrando piernas que ya son más bien de guardar, y alguna que otra camiseta con ilustraciones psicodélicas; y lo bueno es que nadie se vuelve a mirar. Yo sí lo hago, la verdad, algunas veces, cuando ciertos peatonos —que los hay— merecen observación y capítulo aparte.

Ahora, los pantalones largos, usados por ambos sexos, conservando la línea «elefante», habrán visto ustedes que alcanzan anchuras increíbles; y habrán pensado, sin duda, que la cosa no es nueva del todo; aproximadamente así fueron siempre los lejanos pantalones de los trajes llamados de «marinera» en que nos enfundaban cuando chicos, con la correspondiente gorra circular adornada con la leyenda «Isaac Peral» u otras relacionadas con el mar; anchos así, o poco menos, fueron siempre los de marinero de verdad. Y por los años treinta, como posible reacción a la moda tubular, inmediatamente anterior, salió la masculina de los pantalones anchos, anchísimos, sin la línea «elefante»; como recordarán los de mi tiempo, se les llamaba «oxford» o, más llanamente, «chanchullo»; coincidentemente, y por cierto por muy poco tiempo, se llevaban los gorros de estudiante, con ribete y borla del color de la Facultad del usuario; parecíamos los soldados —de Nápoles— de «La canción del olvido».

Correspondencia interior

Uno no sabe cómo decirlo; no sabe cómo agradecer las constantes, devotas muestras de interés que recibe de sus desconocidos lectores; ellos no sabrán nunca la sencilla y clara alegría que causan al cronista, de natural perezo para el género epistolar; gusta saber que vuestras pequeñas palabras arribaron con bien a miradas cuidadosas; a seres, además, capaces de hacerse con el recado de escribir; sin ir más lejos, quiero acusar recibo de ocho simpáticas cartas que sobre la mesa encuentro a mi regreso de las vacaciones de que hablabamos; las ocho tienen para mí la gracia de que acuden solícitas en auxilio de mis «patatas viudas» de la infancia; por eso, por ser ocho voluntades encaminadas a poner en claro un recuerdo del reino perdido, ya tienen para mí un señalado valor espiritual; pero además contienen el positivo dato de la receta por mí ignorada; diré que, coincidentes en lo sustancial, existen —y se tendrán en cuenta— leves diferencias entre las fórmulas contenidas en las ocho comunicaciones. Las oportunas solicitudes han sido cursadas por mí en la casa para que el guiso se realice con todos los honores; los que merece la reconstitución de la infancia, y la generosidad de mis corresponsales; a todos —no sé cómo decirlo bien del todo— muchas, muchas gracias; sin olvidar a M. de Garganta Fábrega, firmante de una carta a mi querido Director, por haberme aclarado tan amablemente la duda ortográfica referente a las olivas «arbequinas».

A todos, la gratitud de s. s. y amigo,

José CRUSET

**COMERCIO.
BANCA - ESTENOTIPIA**

**Academia Cots. IDIOMAS
TAQUIMECANOGRAFIA**

Casa Central: AV. PUERTA DEL ANGEL, 38. - Sucursales Urbanas: Rd a. San Pablo, 51; Aribau, 169; Paris, 185. Enseñanza por Correspondencia: Apartado 782. -- Barcelona